

LOS ACADÉMICOS DE LA RIBERA: PERALTA, IRIBARREN Y GARDE

*Tutera, 18-X-2002
Nafarroa Oinez 2002.*

Joxemiel Bidador

«Para el Txoko de Txapinerías»

Arrigarai, el gramático

El caparrosino Celestino Peralta Lapuerta nació el 6 de mayo de 1879. Entró en la orden capuchina tomando el nombre de Celestino María de Caparros, ordenándose en Pamplona en 1905. Fue durante su estancia como profesor en el colegio que la orden regentaba en Lekarotz cuando se inició en el estudio sistemático de la lengua vasca, especializándose singularmente en el aparato verbal euskérico, que, como muy bien saben los meritorios estudiantes de euskara, suele resultar uno de los principales escollos en su aprendizaje. El dominio que en esta materia llegó a adquirir Celestino Peralta llegó a tal punto, que incluso fue nombrado académico correspondiente, euskaltzain urgazle, el 26 de octubre de 1919. El 22 de enero de 1921 el fraile de Caparros fue enviado al comisariado capuchino de Chile-Argentina. En Buenos Aires tomó la definitiva decisión de abandonar la orden en diciembre de 1928, falleciendo poco después.

El primer libro que publicó el capuchino de Caparros fue un trabajo de 93 páginas, titulado *La conjugación vasca: sumario de lo más preciso y práctico de la conjugación del euskera*, editado en Barcelona en 1914, concretamente en la casa Perelló i Vergés, sita entonces en la calle Caspe de la ciudad condal y no en la villa zaragozana del mismo nombre, como se ha consignado en algunos sitios, y que firmó bajo el seudónimo de B. Arrigarai, lo que sería la traducción exacta de su apellido. Se da la circunstancia de que la *Geografía general del Reino de Navarra* en la que Altadill colaba aquel no muy riguroso pero sí efectista «también se la nombró Aezkoyen, palabra vasca cuyo significado no se nos alcanza», fue publicada el mismo año que el libro de Arrigarai. Aunque hoy en día se conoce la ingeniosa jugada del historiador, Euskaltzaindia propuso Azkoein como versión vasca de la localidad

riberreña, versión que, después de haberse popularizado totalmente, ha comenzado a no gustar a algunos de los próceres navarros, por lo que el equipo deportivo local ha cambiado desde esta temporada su nombre de Azkoyen por el de Club Peraltés. Sin duda, lacerantes ironías del destino.

Al respecto de la primera obra de Celestino Peralta, el publicista y teórico jeltzale Luis Eleizalde afirmaba en la revista *Euzkadi* del mismo año:

«La obra es desde luego muy seria, y de exacta documentación. Da más de lo que su título promete, pues, aunque la mayor parte de sus páginas se dedican al desarrollo de la conjugación vasca, las quince primeras contienen unas nociones de gramática muy puestas en su punto, muy meditadas, y que han de ser, si no me equivoco mucho, sumamente prácticas para quienes traten de iniciarse en lo elemental de nuestra lengua. El autor sigue en sus líneas generales el plan desarrollado por Campión en su *Gramática de los cuatro dialectos literarios vascos*, pero bien se echa de ver que Arrigarai no desconoce los trabajos realizados por los tratadistas e investigadores con posterioridad a la fecha de publicación (1884) de aquella magna obra».

De esta manera resumía Eleizalde el contenido del libro de Arrigarai:

«Comienza tratando del sufijo a que convenimos todos en llamar artículo, porque realmente corresponde casi siempre con el artículo español *el, la lo*. Después de explicar breve y claramente cuáles son sus formas transitiva e intransitiva, singular y plural, pasa el autor a ocuparse del uso de este sufijo y de los más frecuentes casos de su omisión. Discurre a continuación sobre los sufijos de la declinación y sobre los sufijos y las terminaciones más usuales de los nombres (...) Muy claras, exactas y fáciles parecerán a cualquier lector las reglas gramaticales del adjetivo, así como bastante completa la lista de terminaciones de adjetivos (...) Así mismo son exactas y en pequeña extensión copiosas las noticias que subsiguen sobre diminutivos y aumentativos, comparación, numerales, pronombres y adverbios. Y entramos con la página 16 en el verbo (...) La exposición de la conjugación de perífrasis es en este folleto completísima y parece imposible condensar tantas noticias de todo género de flexiones en tan reducido número de páginas (...) Termina el folleto con muy atinadas y pertinentes observaciones sobre sufijos verbales, sobre el uso de algunas palabras con verbos, la causa española *porque*, las palabras que modifican el verbo, y los verbos reflexivos y recíprocos».

No anduvo errado del todo Eleizalde en sus suposiciones al respecto de la aceptación popular de la *Conjugación baska*, pero el éxito de la segunda obra euskérica de Peralta eclipsó totalmente a la primera. La conocida *Euskel-irakaspidea, o sea gramática del dialecto guipuzcoano*, se publicó en la tipográfica San Buenaventura de los capuchinos de Totana de Murcia, en 1919, con la aprobación eclesíastica del obispo de Cartagena, y dedicada al padre Donostia, «*Donostiar Joseba Andoni aba gure abendaren ereslari adoretsu ta kartsuari*», quien ayudó especialmente al de Caparrosó en la confección de su libro mientras residían juntos en Lekarotz. Según explicaba Arrigarai en el prólogo de su gramática, este trabajo no sería sino una ampliación de su an-

terior libro sobre la conjugación, pero bien se ve que esta afirmación no es sino una muestra más de seráfica humildad, ya que el segundo libro de Arrigarai supera al primero en más de 300 páginas.

Con la denominación de dialecto guipuzcoano o bascón, Arrigarai quería hacer referencia a un *koiné* central integrado por los dialectos guipuzcoano, labortano y navarros, más o menos algo parecido al actual euskara unificado, por lo que no es de extrañar que en sus páginas el de Caparrosa se declarara ferviente admirador de la prosa del jesuita de Oiartzun Sebastián Mendiburu. El estudioso de la lengua vasca Georges Lacombe escribió sobre el libro de Peralta en reseña aparecida en la *Revista Internacional de Estudios Vascos*:

«Mécontent sans doute des grammaires guipuzcoanes déjà parues, M. B. de Arrigarai, qui publia déjà en 1914 une brochure sur la conjugaison basque, a voulu offrir une nouvelle grammaire pratique à ceux qui désirent s'initier au basque central. Etil est incontestable que l'étudiant pourra tirer profit de ce nouvel ouvrage, dans lequel il trouvera, à côté de quelques théories qui en le prépareront peut-être pas à l'intellection de la linguistique contemporaine, un très grand nombre d'exercices variés dont la lecture lui permettra, dans une assez large mesure, d'aborder la littérature guipuzcoane. Les linguistes eux mêmes qui s'adonnent à l'euskara devront avoir dans leur bibliothèque ce livre de M. Arrigarai: ils y puiseront quelques faits nouveaux. Il serait à souhaiter qu'un observateur curieux s'attelât à la dialectologie guipuzcoane, à peine effleurée par le Prince Louis-Lucien Bonaparte, et dont pourtant l'importance est considérable».

Con posterioridad, Villasante tampoco escatimó elogios para el libro de Arrigarai al que denominó «apreciable gramática del euskera».

Aparece el texto dividido en dos partes. La primera comienza con el alfabeto, al que siguen veinte lecciones en las que se estudian los cambios fonéticos, el artículo, las declinaciones determinada e indeterminada, el nombre, el orden de la frase, los sufijos, el adjetivo, demostrativos, pronombres, interrogativos, indeterminados y el relativo. El estudio del verbo, además de algún capítulo expreso como el quinto, se desarrolla a lo largo de todo el libro, especialmente en las siguientes treinta lecciones de la segunda parte, que comienzan con esta nota aclaratoria:

«Siendo el verbo el punto capital del euskara por estar en él la principal dificultad que ofrece el estudio de nuestra lengua, sobre él debe girar toda la atención del estudiante. A ese fin he dividido la gramática en dos partes, la primera podría servir para un cursillo o curso verdadero, empleando en él más o menos tiempo, según la capacidad o edad de los que estudian, y se puede dejar la segunda para los más adelantados o para otro curso. Esto no obsta para que se pueda dar toda la gramática en un solo curso, sobre todo si se cuenta con tiempo suficiente para estudiar, pues más dificultades tienen otras lenguas y se aprenden bien en seis u ocho meses de curso. Lo que importa es no pasar a esta segunda parte sin saber bien la primera, o sea, si no se sabe conjugar bien los verbos neutros y activos en sus flexiones simples. Solamente así, y sobre todo si el discípulo se ha dado cuenta exacta de la formación de los tiempos y personas, es como

se vencerá la dificultad, no tan grande como a primera vista parece, que ofrece la complicada estructura del verbo en euskera en sus flexiones personales y dobles».

Comenzaba su libro Arrigarai con estas palabras:

«El mejor método para aprender una lengua es sin duda la repetición constante de las palabras: así aprende el niño la lengua materna. Pero como no todos tienen oportunidad para aprenderla oralmente, se hace necesario un método escrito que supla en lo posible el trabajo de la lengua. Este es el sistema moderno de enseñar las lenguas por medio de gramáticas en las cuales la multiplicidad de ejercicios gradualmente colocados van acostumbrando al discípulo al manejo de vocablos primero y después a la fraseología de la lengua. Son pues necesarios en toda gramática orden, variedad y abundancia en los ejercicios. Este es el sistema que se ha seguido en la presente obra».

Así pues, al final de cada una de las cincuenta lecciones aparecen ejercicios de traducción los cuales aumentan sensiblemente de dificultad a medida que se avanza. A pesar de que a los ojos actuales más acostumbrados a los modernos métodos comunicativos la obra de Arrigarai pueda parecer en exceso teórica, el capuchino procuró que su gramática fuera esencialmente práctica

«poniendo en teoría, distribuida en lecciones, solamente aquellas reglas y advertencias necesarias para comprender el mecanismo de la conjugación y para dirigir al principiante en la estructura propia de la frase euskérica».

Este tomo de más de 400 páginas tuvo otras ediciones. La segunda fue la preparada por el compañero de hábito Manuel María Apalategi Zurutuza, Bonifacio de Ataun, impresa en la imprenta y librería donostiarra San Ignacio en 1932. El texto original quedaba ahora enmendado con la inclusión de más textos literarios originales, tanto clásicos de Kardaberaz, Gerriko, Juan Bautista Agirre, Lardizabal, Mendiburu o Txomin Agirre, como más contemporáneos, como los de Ramón Astibia, Policarpio de Iraizotz, Jon Garbizu *Zubigar*, Emeterio Arrese, Ereñozu, Jautarkol, Satarka, José Iturria de Altzo... Con todo, no se llegó a cosechar el éxito de la primera edición, debido al tratamiento dado al verbo alocutivo. En cualquier caso, Apalategi no hizo sino desarrollar más ampliamente la idea que el mismo Arrigarai mantenía con respecto a este tema. No hay duda de que el de Ataun manejaba con mayor facilidad que el de Caparrosos las formas verbales alocutivas, y así lo demuestra el hecho de que Arrigarai incluyera lo relativo a esta forma en un apéndice final de siete páginas. No obstante el ribero era consciente de la gran importancia de la «conjugación familiar», como él mismo la llamó, y así lo dejó recogido antes de dar las tablas pertinentes:

«De sentir sería que por una tonta preocupación y por flojedad desapareciera esta joya preciosa de la conjugación del euskara, pues con ella habría perdido el euskara la mitad de su dignidad y grandeza. Por tanto esfuércense por conservarla los que la sepan, cultívenla y extiendan su uso todos, y déjense de

esos pegotes que en Gipuzkoa sobre todo se han introducido con el bereri y berorre que circulan ocupando un lugar que no les corresponde».

Junto a la nueva edición, el padre Ataun también preparó un cuaderno de trabajo, *Itzulbidea: claves de tema*, pero, a pesar de todo, la labor lingüística del de Ataun quedó un tanto deslucida, lo que no debiera haber sido así. Traductor del *Amal* de Tagore, en 1960 publicó en la bonaerense Ekin de Lopez-Mendizabal el librito *Gure aditza: el verbo vasco*, interesante estudio morfológico no muy lejano del de Arrigarai.

La tercera edición de la *Euskel-irakaspidea* de Arrigarai, facsímil de la primera, fue la realizada por los hermanos Estornés en su editorial Auñamendi de San Sebastián en 1971. Sobre este libro los de Isaba llegaron a afirmar que era

«digno de destacar por ser uno de los métodos con el que han aprendido euskara mayor número de personas».

Lo cierto es que admitiendo el éxito editorial de la primera versión, esta tercera ya no supuso lo mismo. El hecho de ser facsímil restaba algo de atractivo y funcionalidad, además de que para la fecha los métodos de aprendizaje se estaban empezando a multiplicar.

Desde hace ya años, Arrigarai da nombre al único euskaltegi estable de la Ribera baja de Navarra. Sin duda al de Caparroso le hubiera alegrado saber que su *alter ego* iba a ser utilizado para dar nombre a un centro de enseñanza del euskara y además en Tudela. Su libro es una buena muestra de la importancia que el capuchino daba al aprendizaje de nuestra lengua, y por ello no rehusó a dar unos consejos para los que se disponían a estudiarla:

«Hace falta constancia y trabajo seguido, dedíquese una o dos hora diarias, es lo menos que se puede pedir, y en pocos meses se adelanta en el euskera tanto o más que en cualquiera otra lengua moderna; por muy bien que se sepa la gramática, esto sólo no basta para saber la lengua, es preciso ejercitarse en hablar y si eso no es posible, traducir mucho y leer en voz puesta algo todos los días; adelántese cuanto se pueda el estudio del verbo para facilitar la traducción».

El tercer libro publicado por Arrigarai, aparecido en la casa San Martí de Barcelona en 1920, fue un manual de lectura infantil en euskara, *Lenengo irakurbidea aurei euskaraz irakurtzen irakasteko: euskalzale batek aur euskaldunen onarako argitaratzen duena*. No se conocen otros trabajos del capuchino de Caparroso, al menos publicados. Se sabe que colaboró activamente en la recolección de letras musicales para el cancionero *Euskal eres sorta* que José Gonzalo Zulaika, el padre Donostia, publicara en Madrid en 1922. En cualquier caso, la difusión que su *Euskel-irakaspidea* logró alcanzar en la segunda década del siglo XX es razón suficiente para reservarle un sitio de excepción entre los estudiosos navarros del euskara. Al respecto de la devoción que Arrigarai sentía por el euskara se puede citar el testimonio que él mismo

incluyó en su gramática. En 1913 fallecía a los 94 años un tudelano, viejo conocido del fraile de Caparroso, según el cual durante los años de la primera carlistada el euskara era algo más que habitual a las puertas de Tafalla. De cualquier modo, y aunque no hubiera ningún otro testimonio de ello, para Arriarai, que en esto seguía a Campión,

«la unidad de raza y lengua de todos los navarros»

era algo innegable.

El lexicógrafo de Navarra

Lejos de nuestra intención el realizar un nuevo repaso de la bio-bliografía del que ha sido considerado escritor navarro más leído en su tierra, máxime cuando ya contamos con un magnífico estudio del doctor Angel Aguirre Baztan dedicado a la figura del tudelano e incluido en su última obra publicada, la titulada *Hombres y tierras*, editada en 1997 por su hermano Jesús Luis. Aunque sólo sea para situarnos, digamos que José María Iribarren Rodríguez nació en Tudela el 31 de octubre de 1906, donde su padre regentaba una farmacia. Aunque José María no sabía euskara, su familia paterna era montañesa, y por tanto euskaldun. El abuelo, afincado en Villava donde trabajaba en una serrería, era de familia baztanesa, mientras que la abuela Teresa era natural de Burutain, localidad de Anue en la que el euskara estuvo vivo hasta la guerra civil. Cuando los hermanos Iribarren quedaron huérfanos fue la abuela Teresa la que se hizo cargo de los nietos, pero, habida cuenta de los escasos recursos con que contaba, éstos regresaron a Tudela con la otra abuela, la mirandesa Remigia Asurmendi, mujer de armas tomar, casada a Falces e instalada en Tudela donde llevaba un negocio de elaboración de vinos. Empeñada la abuela en que sus nietos tuvieran una buena formación los llevó como internos a los jesuitas, de donde fueron a la Universidad de Deusto a realizar la carrera de derecho. Una vez terminada la carrera los dos hermanos estuvieron tres años en Madrid como pasantes en diferentes bufetes, tras lo que abrieron el suyo propio en Tudela en 1931.

En estos años José María Iribarren colaboró esporádicamente en el periódico *La Voz de Navarra*, especialmente en la etapa en que fue dirigido por José Agerre a partir de 1932. Iribarren había tenido sus más y sus menos con el responsable del *Diario de Navarra* Garcilaso, por lo que eligió el diario jeltzale para publicar algunos de sus escritos periodísticos. En aquellos mismos años publicó junto a su hermano, José Joaquín Montoro Sagasti, García Abaurre y otros amigos el semanario *Navarra*, donde, sin adscribirse a partido alguno, defendían los fundamentos de la política de derechas, pero siendo a la vez favorables al estatuto. De cualquier modo, no pueden obviarse las relaciones de Iribarren con los ambientes jeltzales, a los que nunca criticó abier-

tamente. En la primera versión del libro de Mola (1937), la que no gustó a la censura por lo crudo del relato, Iribarren no hizo prácticamente mención alguna al nacionalismo vasco, y, cuando así fue, resultaron referencias de otras personas, como cuando cita un artículo de Francisco Cossío en el que se les espeta a los nacionalistas su connivencia con los comunistas. Así pues, Iribarren se abstuvo de ofrecer juicios de valor sobre la ideología jeltzale en su libro, lo que cuando menos, y dadas las circunstancias, es un silencio bastante significativo. Ni siquiera se menciona la toma de *La Voz de Navarra* por los falangistas en la descripción de los primeros días de la guerra en Pamplona, descripción que por otra parte resulta tan pommerizada.

Y es que los flirteos del tudelano con los políticos jeltzales de Navarra fueron algo habitual hasta el comienzo de la guerra. Poco más de medio año después de regresar de Madrid a Tudela donde iba a trabajar de abogado, en la tarde-noche del sábado 2 de enero de 1932 Iribarren pronunciaba una aplaudida conferencia en el Centro Vasco de Pamplona, invitado por los dirigentes jeltzales de la ciudad. La suya no era independiente, y estaba enmarcada en un ciclo de charlas de propaganda nacionalista en las que tomaron parte significados jeltzales como el baztandarra Joseba Azkarate, la maestra Julia Fernández Zabaleta o el periodista Migel Espartza Aginaga. A Iribarren lo presentó el mismo José Agerre, quien no escatimó alabanzas para el joven abogado:

«Patriotas, José María Iribarren, el joven y ya cuajado pensador, os va a dirigir la palabra. Quien es tan conocido como él no necesita de presentaciones ni de elogios. Si alguno de vosotros no lo conoce como orador, tengo la evidencia de que todos sabéis de él como periodista cultísimo por los brillantes artículos que viene publicando en *La Voz de Navarra*; propagandista del ideal patrio, es un ribero patriota de gran valía».

Para entonces Iribarren sólo había publicado un libro, *Estampas tudelanas*, el cual seguramente habría pasado desapercibido para los jeltzales iruindarras, por lo que las flores de Agerre al abogado tudelano se nos antojan un tanto exageradas. A pesar de todo, en los días siguientes a la conferencia *La Voz de Navarra* reprodujo el texto completo de la charla en siete entregas que se prolongaron hasta el 22 de enero siguiente. Según el periódico nacionalista, Iribarren:

«de manera muy sencilla y simpática, pero en extremo elocuente, de una forma admirable, con florido lenguaje y fácil palabra fue analizando nuestro antiguo fuero general, demostrando el acierto de nuestros abuelos al dictar las disposiciones forales en las que supieron hermanar la gracia con los dictados de la más estricta justicia; el señor Iribarren demostró el estudio concienzudo que ha hecho de nuestras leyes y el amor que pone en todo cuanto se relaciona con las características y personalidad de Euzkadi».

Comenzó Iribarren su charla trayendo a colación *La cathedrale engloutie* de Debussy, para así hacer una evocación poética de la Edad Media navarra poblada de rico hombres, infanzones, caballeros y villanos. Habló de los

duelos, justas y juicios de batalla, de las galeras, despeñamientos y acciones afrentosas, de las barbas en el fuero de Estella, de las fianzas y de la palma de los navarros para la compra-venta, de animales, campanas, hazañas y juicios reales. Terminó la conferencia con el himno de Euskadi cantado por todos los asistentes.

La presencia del PNV en la Ribera tudelana antes de la guerra del 36 fue poco menos que anecdótica. Un esporádico colaborador del semanario *Ama-yur*, el vizcaino pero residente en Tudela Agapito Espartza daba los nombres de los nacionalistas de la zona:

«De Cabanillas es un Rosano, de Fustiñana un de la Parra, de Valtierra un Zapatero, en Arguedas tenemos un San Julián, en Murchante un González, en Tulebras un Etxandi, en Cintruénigo un Lamarque, en Ergabia (Corella) un Peralta, en Ablitas un Félix Arellano, en Markazko (Cascante) un Salamero y un Gelbenzu, en Muskaria (Tudela) un Lostalé, un A.G. de los Arcos, un Gil y otros muchos más patriotas de alto valor».

Algunos nombres resultan conocidos, como el entonces abogado Julián Gelbenzu Romano, que en la guerra del 36 luchó como teniente de requetés, ejerciendo en la dictadura como notario. Otro tudelano, abogado y nacionalista fue José María Abascal Frauca, yerno del dirigente jeltzale Santiago Cunchillos y secretario de ANV. El corellano Salamero era el notario de Cascante, de quien hablaremos más adelante. El médico Félix Zapatero era colaborador habitual de *La Voz de Navarra* con el seudónimo Zero, autor de una monografía de su villa natal (1933) y de las novelas *El 9º de Navarra* (1935) y *Luis de Añezcar* (1937) con la que ganó el premio de la Biblioteca Olave. También abogado y presidente de la junta tudelana del PNV fue José Joaquín Montoro Sagasti, citado anteriormente junto a los colaboradores de la revista *Navarra*, quien guarda con Iribarren numerosos paralelismos, además de haber sido uno de los colaboradores que aparecen citados en las primeras páginas del *Vocabulario Navarro*.

Como Iribarren, José Joaquín Montoro Sagasti también estudió en los jesuitas de Tudela, tras lo que realizó la carrera de derecho en Madrid. Comenzó la de filosofía y letras que dejó sin concluir al empezar a trabajar de abogado, también como Iribarren. Los primeros trabajos que publicó Montoro estaban unidos a su profesión, aunque no tardó mucho en publicar otros escritos más lúdicos. En el mencionado semanario *Navarra* Montoro tenía una sección fija llamada «Cascotazos en la cresta», generalmente bajo los seudónimos de Perroganau, Guau, Chilindrón, Kas-kin, Gora ta gora, o Biotza-Ona, en los que analizaba con un punto exacerbadamente satírico la política del momento:

«Esto se toca con zambomba en una corraliza que yo me sé, por un radical socialista, un republicano independiente con gafas y bigotito, y un abertzale nappar-buru baztar esquerrizarri erriber muskarizarri. Gora Euzkadi con aquello que decía el manifiesto: aspiramos a que el producto íntegro de la tierra sea para el que la cultiva».

Otra de los parecidos que Montoro mantuvo con Iribarren fue su afición por el dibujo. Mencionado por Manuel Flores Kaperotxipi como dibujante de expresión y plasticidad apreciable, fue él quien diseñó los bocetos de los escudos que adornan las fachadas de la Plaza de los Fueros de Tudela, donde además, casualmente, estaba su vivienda tudelana. Además de esto, fue el autor de la portada e ilustraciones de numerosas obras de otros autores navarros como las del poeta Alberto Pelárea, el columnista Cándido Testaut, el sacerdote Blas Alegría, e incluso fue el diseñador de los ex libris de personalidades como Jesús Etayo o José María Huarte. La faceta más conocida de Montoro es la que atañe a sus trabajos en torno a la historia multirracional de la ciudad de Tudela. Montoro fue el creador absoluto del mito de la armonía que presuntamente reinaba entre cristianos, judíos y musulmanes en épocas pasadas, y no sólo fue su creador, sino que lo impulsó por medio de la redacción de diversos trabajos aparecidos fundamentalmente en la revista *Fiestas!*, publicación del consistorio tudelano que con motivo de las fiestas de Santa Ana fue editada de 1950 a 1962 contando en sus páginas con las mejores firmas de la ciudad, entre las que tampoco podía faltar la de José María Iribarren. Montoro pretendía con su humor que el entendimiento entre las diversas gentes que habían compuesto su querida ciudad, y que día a día la seguían componiendo, fuera algo real. A él se debieron iniciativas como la celebración del octavo centenario de la fecha en que Benjamín de Tudela partiera a realizar su viaje, celebración que fue realizada al amparo de la Asociación de Amigos del País a la que él también pertenecía, y que se vio coronada con la publicación de un denso artículo en la revista *Pregón* de Pamplona en 1961.

Volviendo a la lista de jeltzales riberos, el Lostalé que mencionaba Agapito Espartza fue objeto de sendos artículos, uno de Iribarren aparecido en la revista *Navarra* y el otro del mismo Espartza en *Amayur*. Se hacía eco Iribarren de la emisora casera Radio Experimental Muskaria que Mariano Lostalé, el estudiante de arquitectura <mocete imberbe de figura débil, abrigo amarillento y peludo con la vuelta de terciopelo>, en compañía de sus amigos Marsal, Navascués, Arregi, Gil y Sevillano, había montado en la buhardilla de este último. Invitaron los radioaficionados a Iribarren para que viera el rudimentario estudio:

«La labor de muchos días de trabajo se condensa en estos extraños aparatos. A las noches instalan el micrófono en una alcoba del primer piso. Allí bajo los retratos familiares, el piano de Marsal, el violín de Arregui, la voz de Navascués salen a todo Tudela pasando por los artefactos de la buhardilla (...) Tudela tiene ya una emisora, lo que no pudo conseguir Pamplona (...) merece la admiración, la gratitud y el apoyo de todos. Vaya con ellos mi enhorabuena más cordial y entusiasta».

Pero según refería más tarde Espartza, la emisora fue al garete tras que cierta:

«fiesta benéfica arruinara la empresa».

Además en noviembre de 1933 Lostalé era llamado a cumplir el servicio militar en Donostia. El Navascués que cita Iribarren no es otro que el escritor Pedrito Navascués Alarcón, primo lejano de Santiago Cunchillos, autor bajo el sobrenombre de Miguel de Orreaga del libro *Amayur: los últimos navarros* (1923) prologado por Campión, quien había tenido como profesor de literatura en los jesuitas al escritor Orixe, y que, como él, fue castigado por el rector Etxenike por nacionalista, debiendo abandonar el colegio tudelano para terminar sus estudios medios en los dominicos de Bergara.

Si hemos mencionado todas estas cuestiones no es porque pretendemos realizar una relectura ideológica de Iribarren. No es nuestro objeto, y tampoco nuestra vocación. ¡Allá cada cual con sus reinterpretaciones de las veleidades políticas de nuestros mayores! Nuestro único empeño es ver la relación real que el tudelano tenía con el euskara y saber las motivaciones que le llevaron a preocuparse de la lengua vasca hasta el punto de que Euskaltzaindia lo nombrara euskaltzain urgazle primero y honorífico después, y sin duda, esta relación con el mundo jeltzale, al margen de cualquier otra posible cuestión, ayuda a explicar la postura de Iribarren con respecto al euskara. No hay duda de que Iribarren compartía con el mundo jeltzale una similar visión del hecho cultural navarro, dentro del cual el euskara no ha dejado de jugar un papel de máxima importancia como exponente de la idiosincrasia navarra, con la excepción, si se quiere, de lo eminentemente ribero, aunque no se puede olvidar que, como lo define Aguirre Baztan, Iribarren es el antropólogo de la Navarra total. Repasemos las menciones al euskara repartidas por su obra.

Confesaba Iribarren en artículo aparecido en *Pregón* que para componer su *Batiburrillo navarro* de 1943 hubo de leer mucho, ya que al contrario que en su *Retablo de curiosidades* de 1940, primer libro después de su biografía doble de Mola, en este segundo había ya erudición y estudio. Para ello el tudelano leyó

«los dos primeros tomos del *Euskalerraren yakintza* de Azkue, el libro en vascuence de Fernando de Amézqueta, estudié la historia de Navarra a fondo, me metí en la historia del siglo XIX, me leí todas las colecciones de revistas vascas, (*Euskalerrria, Euzko Yakintza, Euskalerraren Alde...*)».

No parece que Iribarren leyera el libro de Gregorio Mujika en euskara, al menos así lo hace constar en las notas del *Batiburrillo*, donde decía

«debo la traducción a mi buen amigo el folklorista dr. Angel Irigaray».

Lo cierto es que pocas son las palabras que en estos dos libros recogió en euskara, tan sólo alguna que otra fórmula taumatúrgica en el apartado de medicina popular y poco más, pero tampoco puede decirse que sea el euskara algo que Iribarren ignorara por completo y conscientemente. Lo cierto es que la lengua vasca está presente, con naturalidad, ingrediente indispensable

del batiburrillo como característica fundamental del montañés. Incluso se advierte cierto melancólico tono cuando escribe del retroceso de la lengua:

«Madrado señala al tren y a la apertura de nuevos establecimientos termales como a dos de las causas que más contribuyeron a que el vascuence desapareciera de nuestra zona media. Lo que sí es cierto, según el mapa lingüístico del príncipe Luciano Bonaparte, es que en el año 1860, en que se estableció la vía, se hablaba euskera en Puente la Reina, en la Valdorba, en la Cuenca de Pamplona, en Garinoain y en Aoiz».

En *De pascuas a ramos* (1946) Iribarren contaba la anécdota del caldero de Lakuntza según la versión que el escritor vasco Blas Alegría le había referido por carta personal. Como en los anteriores, los escasos textos en euskara que traía son por lo general de Azkue, Aingeru Irigarai y Caro Baroja, salvo un villancico otsagiarra de ocho estrofas y estribillo que ya publicara el maestro Julio Gurrutxaga en su *Geografía e historia de Navarra*, y del que Iribarren decía:

«se mezclan expresiones en latín y bastantes palabras castellanas con terminaciones vascas»

de lo que se advierte el escaso conocimiento que el tudelano tenía de la lengua vasca, ya que además de transcribirlo cuajado de erratas, este villancico es una magnífica muestra de euskara salacenco. En *Historias y costumbres* (1949) citaba de nuevo a Azkue junto a Caro Baroja, Joxemiel Barandiaran, Manuel Lekuona, Julien Vinson, la *Corografía* de Larramendi, el folleto *Erronkari* de Estornés, o el Anuario de *Eusko Folklore*, siendo los textos en euskara una vez más fórmulas mágicas del día San Juan, para apagar el fuego o practicar curaciones. Además en este libro incluye dos interesantes capítulos. El primero es el relativo a la *Carmen* de Prosper Mérimée, la gitana que sabía vascuence, y en el que Iribarren ya se permite corregir algunas de las expresiones euskéricas empleadas por el escritor francés como «laguna ene biotzeko» por «laguna ene bihotsarena», y «baratza o beratza» por «barratcea»; citaba expresamente la influencia de George Borrow en Mérimée, y aportaba datos sobre la relación del conocido inglés con el euskara, a saber, la edición protestante del evangelio de San Marcos hecha por el médico Oteiza y el famoso pasaje de *The bible in Spain* al respecto de la lengua vasca. El segundo capítulo al que nos referimos, y que ya había sido publicado cinco años antes bajo el título de «Estampas del folklore navarro» en el número 17 de la revista *Príncipe de Viana*, es una recopilación de costumbres de Luzaide, tales como las karroxxak y galarrotsak, las danzas de los bolantak, el hosto-bidea, axe ta tupin, axeri-dantza o arto-xuritzea, en las que la presencia del euskara es manifiesta, incluyendo incluso alguna canción de cierta magnitud. Lo interesante es que para la realización de este artículo no tiró de bibliografía, sino de las informaciones personales dadas por José María Iraburu, Carlos Gortari, Mixel Etxart y Jacinto Martín. También presenta interés el hecho de que al hablar de las arto-xuritzea cita en nota a pie de página el *Euskal errijetako olgeeta ta dantzeen neurrizko gatz-ozpinduba* (1816) de fray Bartolomé de Santa Teresa, no existiendo hasta

la fecha ninguna reedición del mismo, y menos aún traducción, por lo que no sabemos de qué modo pudo emplearlo ni de quién pudo valerse para entender el vizcaino del carmelita Madariaga.

En las *Navarrerías* de 1944 Iribarren se hacía eco de la figura de Perico de Alejandría, pamplonés fabricante de saliva, pregonero, gaitero y bertsolari, y de su *Guía de Pamplona* de 1863 en la que daba ejemplos de las lenguas pamplonesas, entre ellas el euskara, y que Iribarren reprodujo:

*Jaincuac ematen badit
neri osasuná
orañik izango det
andregay bat oná.*

El libro *Burlas y chanzas* (1951) comenzaba con una:

«divagación intrascendente»

sobre «El habla popular» en la que Iribarren se refería exclusivamente al habla de la Ribera. Su desconocimiento del euskara le impedía hacer lo propio con la lengua de la montaña, y al respecto del habla de la zona media, decía:

«Aludo aquí exclusivamente al castellano que hablan en la Ribera, porque en la zona media el rastro del vascuence creó un lenguaje espurio y mixto, pero muy interesante; en estas zonas que hace un siglo invadió el castellano subsisten los giros y las transposiciones del vascuence».

Para ejemplificarlo citaba otra conocida copla de Perico de Alejandría:

*Joana Mari coge el chico
pero no lagas quilicas
lo pondrás cucurubico
cuando quiera hacer chirricas,*

así como aquel dicho de una mujer de Puente que al preguntar por un mozo cogido por la vaca lo hacía de esta gisa:

«A aquel de Obanos, la vaca pillar y que le hizo ¿ya ha caído?».

En este mismo libro, y en el capítulo de epigramática rural dedicado a la merindad de Pamplona traía el conocido belantziko leitzarra

*Aresoarren bandera
ai nolakoa ote da
eraman dute errekaldera
erakustera
gero leitzarrak bidera
enorabuenak ematera
al zuenak arin jua ziren
iragitea,*

Así como otros cuentos populares como los referentes a la proverbial capacidad mental de los de Ezkurra. También en *El patio de caballos* de 1952 recogía Iribarren alguna estrofilla en euskara al escribir de la donostiarra plaza de Guipúzcoa y de la celebración del día de San Juan en Tolosa.

Pero la razón principal por la que Euskaltzaindia nombró a Iribarren miembro correspondiente de la Academia en 1955 fue la publicación de su *Vocabulario Navarro* en 1952. Se las daba de humilde el tudelano cuando afirmaba en el prólogo del diccionario que ni era lingüista, ni filólogo ni siquiera gramático, sino un abogado a quien le dio por la literatura, el folklore y la pequeña historia, pero él era perfectamente consciente de la importante labor que estaba realizando. Se metió en

«el berenjenal de recoger palabras, por curiosidad, por distracción y manía de coleccionista, sin ningún propósito serio»,

cuando estaba de abogado en Tudela. Las primeras palabras las recogió de su abuela Remigia, quien debía poseer un caudal estupendo de voces, dichos, cuentos e historietas. En 1933 marchó un día a Cascante a la notaría de los hermanos Salamero a realizar una gestión profesional encontrándose allí con su buen amigo Juan José Salamero Resa. Este corellano era quien a lo largo de 1931 había ido publicando en el diario *Euzkadi* de Bilbao y firmado como Miguel de Ergabia el folleto *La Ribera por JEL* que se imprimió como librito aparte en 1932. Juan José Salamero también había iniciado una recopilación de palabras en los años 24 al 26 que quedó interrumpida al tener que dedicarse a preparar las oposiciones para notario. Salamero ofreció entonces sus ochocientas notas lexicográficas, que unidas a las de Iribarren, supusieron la base del vocabulario. Estas notas son las mismas que Iribarren cita en la bibliografía del libro *De Pascuas a Ramos*,

«apuntes inéditos de Juan José Salamero Resa del año 1926, *Catálogo de voces y costumbres de la Ribera de Navarra por J.J. Burcemay*».

El hermano de Juan José, Eugenio, también cultivó la literatura, siendo, además de infinidad de artículos de prensa, autor de dos libros. El primero de ellos es el titulado *Estampas de mi tierra*, con el que fue premiado en el concurso literario celebrado en 1929 en Pamplona por el Patronato de la Biblioteca Olave, y que fue publicado en Madrid en 1930 en la imprenta de Martosa. La portada del mismo fue encargada por el autor a José Joaquín Montoro Sagasti, a quien llama amigo y agradece especialmente su colaboración. El segundo libro apareció en 1936 y es el trágico relato *Jesús de Yerga*, historias de caza que con el número 17 salieron en la colección «La Novela Vasca» de la editorial Navarro y del Teso de Donostia, colección en la que ya habían publicado sus obras autores como Victoriano Juaristi, Pío Baroja o el valtierrano Felix Zapatero. Son los relatos de Eugenio Salamero fiel reflejo de las cos-

tumbres, tipos y habla populares de la Ribera navarra, lo que es además fiel reflejo de su pasión, ya que estaba

«enamorado de la vida sana, aunque ruda, feliz, aunque ignorante, de las gentes del campo de mi tierra navarra, bravos tipos ribereños».

En su divertida «Carta del Ciriaco a la Luisa» recogía el modo de hablar propio de los riberos con una gracia especial no exenta de ingenio:

«Querida Luisilla: M'alegraré qu'estés güena como yo estoy güeno gracias a Dios. Hi perdido la cuenta de los tiempos qui hace que no m'has escrito y estaba dispuesto a no escribirte hasta que rompieras tú, pero no puo aguantal más (...) Has de saber qu'esta mañana m'hi ido al güerto, que sabes ha de sel de los dos en cuanto que nos casemos, y da gozo el velo. Los alberechigos y los molocotones ya van teniendo fruta y los otros árboles tamién, y'hay unas sandías y unos melones que m'han hecho acordame de ti de lo majos que están. M'hi llevau l'ajada y l'ascopeta; con unas miasas d'agua que pasaba, hi regau los pimientos y hay cogio antes unos cuantos p'haceme el ranchillo y la tomatada. En el inte m'hi dua una güerta con l'ascopeta y m'hi matau un confiturdeo, un retorricuellos, un subitroncos y tres marigüelillas qu'han ido a la cazuela. En esto m'hi fijau que l'agua se salía de la quintana y vay era que mamochaba porque l'alcañuz que pasa abajo el ribazo estaba tacuñau. Con un palo t'hi dau firme furgazos hasta qu'ha soltau un chifletazo mucho grande y ha corrió ya bien dimpués».

Iribarren siguió recopilando palabras, aunque muy poco a poco. Luego vino la guerra, se metió a componer su primer libro, y ahí se quedó su labor lexicográfica un poco *tacuñada*, como estaba el alcanduz o sumidero del Ciriaco. Cuando a partir de 1937 Iribarren fijó su residencia en Pamplona vio la posibilidad de seguir con su empeño aumentando el campo de estudio a otras hablas diferentes a la de la Ribera, pero dándose entonces cuenta de lo gigante del proyecto decidió desistir de él:

«A medida que avanzaba en mi estudio vi que se abrían cien caminos distintos a la investigación, me di cuenta de la dificultad de la labor y abandoné, ¡qué-dese para otro!».

Su actitud cambió cuando asistió a una conferencia de Dámaso Alonso en Pamplona en 1945. Departiendo con el académico le hizo partícipe de su antigua afición. Alonso animó a Iribarren a no abandonar este trabajo, máxime después de haber recopilado ya

«tres o cuatro mil voces navarras».

Posteriormente otros lingüistas como Manuel Alonso Cortés, Manuel Alvar y Francisco Indurain también animaron a Iribarren a proseguir con esta labor. Iribarren accedió a ello, y de forma intermitente siguió con el diccionario desde aquella fecha hasta la de su aparición con la ayuda de un auxiliar mecánografo a cuenta de la Institución Príncipe de Viana de la Diputación Foral. Iribarren es sincero y a la vez acertado cuando avisa de los fallos de su vocabulario, al que califica de incompleto en más de un aspecto, como en el tamaño

del corpus, en las explicaciones etimológicas, en las concreciones técnicas, etc. Para la edición de las *Adiciones al vocabulario navarro* de 1958 Iribarren intenta enmendar algo estas cuestiones y para las etimologías, por ejemplo, cuenta con la inestimable ayuda de Koldo Mitxelena.

Mucho nos tememos que el tratamiento dado al euskara por Iribarren en este *Vocabulario Navarro* habrá sido motivo de disputa en numerosas ocasiones; para algunos lectores el tudelano habría hecho una excesiva concesión a lo vasco, mientras que para otros no habría dado al euskara la importancia suficiente. Creemos que ninguna de las dos posturas es acertada. La primera se desmonta por sí sola y lo fastidiosamente común que resulta no justifica ni su formulación. La segunda ignora lo obvio, esto es, que Iribarren quiso hacer e hizo un vocabulario del léxico empleado en el romance de Navarra, y con ello, es decir, con esta segunda postura, parece que se pretende responsabilizar a Iribarren de la preeminencia real de la lengua castellana en Navarra a mediados del siglo XX que es cuando realiza su libro. Ya en las advertencias que figuran al comienzo del diccionario Iribarren avisa sobre la inclusión de vasquismos:

«Excluir de este Vocabulario Navarro las palabras que huelan a vascuence hubiera sido absurdo. La mitad de Navarra las emplea hoy. Por otra parte, la mayoría de las voces vascas u oriundas del vascuence que incluyo aquí no figuran en los diccionarios vascongados, o figuran con otras acepciones. Yo he procurado recoger aquellas voces vascas y semivascas que siguen empleándose en zonas donde se habla el castellano desde hace más de un siglo. Y las que procediendo del vascuence, aparecen corrompidas, o por decirlo así, castellanizadas. En alguna ocasión dudando de incluir o no incluir palabras vascas puras, opté por la inclusión porque, si hoy no, el día de mañana podrán interesar a los lingüistas y a los vascófilos que estudien el repliegue del euskera y su pervivencia en zonas dominadas por el castellano».

En las *Adiciones* vuelve a repetir la advertencia:

«Observará el lector que en estas adiciones abundan los vasquismos. Me decidí a incluirlos tratando de salvar las reliquias del viejo vascuence que se conservan hoy en zonas dominadas, entera o casi enteramente por el castellano. He incluido también nombres vascos de plantas. Son en su mayoría los que el botánico navarro José María de Lakoizketa insertó en su *Diccionario de los nombres euskaros de las plantas* (Pamplona, 1888) como propios y exclusivos del valle de Bertizarana. Y los que referentes al valle de Roncal recogió Bernardo Estornés Lasa y fueron publicados por Telesforo de Aranzadi en *RIEV* del año 1930».

Junto a las dos citadas, Iribarren empleó un buen número de obras especialmente significativas para los estudiosos de la lengua vasca entre las que se pueden citar el diccionario de Aizkibel, el lexicon bilbaino de Arriaga, la apología de Astarloa, el diccionario de Azkue, el vocabulario alavés de Baraibar, la gramática de Campión, el diccionario trilingüe de Larramendi, el diccionario etimológico de Novia de Salcedo, los Refranes y Sentencias de 1596

editados por Urquijo, el vocabulario vasco-castellano de Zamarripa o el *Gero* de Axular. Además, y a pesar de que, como hemos mencionado, el vocabulario navarro es eminentemente un diccionario de las palabras empleadas en el castellano de Navarra, dentro del más de medio centenar de colaboradores los hay euskaldunes como el estudioso de las danzas beratarras Antonio Goia o el otsagiarra Zoilo Moso Bezunartea, informador de excepción del uskara salacenco que ya fuera encuestado por José Estornés Lasa. Las aportaciones de estos informadores euskaldunes, pues, no habrían revestido la importancia de la ofrecida por otros informadores como Cándido Testaut Macaya *Arako*, Ignazio Baleztena Ascárate o José María Iriburu para la cuenca de Pamplona, Leitzu y Luzaide-Valcarlos respectivamente, representantes natos de la diglósica situación de gran parte de Navarra, en la que la pérdida parcial o total del euskara daba paso a un castellano cargado de vasquismos como el descrito para el XIX por Perico de Alejandría. El mismo Testaut se dio a conocer por medio de sus colaboraciones en prensa, los exitosos «Dialogandos», en los que reflejaba esta habla en total regresión, cuando no desaparecida. Este sería otro de los logros de Iribarren, ya que a los méritos de su diccionario hay que sumarle uno relativamente nuevo, el valor etnográfico, ya que la prácticamente total alfabetización de la sociedad, la uniformización a la que tiende la sociedad moderna por medio de los mass-media y las redes de información, la desaparición de los trabajos tradicionales y la homologación urbana del campo están trayendo consigo inevitablemente la pérdida de este caudal lexicográfico. Acaso porque era consciente de ello, Iribarren siguió recopilando palabras navarras hasta su muerte, el día 11 de junio de 1971, quedando en la mesilla de su cuarto una libreta con las últimas acepciones encontradas. Ocho años más tarde, en 1978 y a título póstumo, el tudelano José María Iribarren Rodríguez era nombrado académico de honor de Euskaltzaindia.

Erronkariko Txoriñoa

Marcelino Garde Villafranca nació el 2 de octubre de 1925 en Carcastillo, la localidad situada más al norte de la Merindad de Tudela. Ya en su pueblo natal tuvo ocasión de recibir las primeras nociones de euskara de la mano de Florencio Lazkano, natural de Betelu, propagandista jeltzale que participó como orador en diversos mítines electorales del PNV navarro durante 1933, y que fue ayudante del secretario local. El mismo padre de Marcelino, Anastasio Garde Goñi, estuvo afiliado al PNV en los años anteriores a la guerra, al igual que una veintena de carcastillejos, labradores y jornaleros en su mayoría, que incluso lograron abrir un Centro Vasco en la localidad. Según recogió Latxaga en su clásico *Jakara oñez Naparroan zear*:

«Bein Zaragoza autobusean zijoaztela, naparrak baturroen aldetik gogor artuak izan ziran, zernai entzunda, itzuli bear nunbait. Ala gertatu zitzaion ta urrengo egunean, errepublikako garai artan Agirre ta Irujo jaunen itzaldi itxaro-

pentsuak entzun omen zituan jaioterrian. Bi alderdi oiek ikusirik, euskaldunen aldera jo omen. Zabalkundea izeneko bilduma asi zan ezkeretik artzen zuen. Bere aurtxoak bilduta su bazterrean, Kanpionen zati batzuek irakurtzen asi zitzaien, batez ere Martiniko, Gamio anaiak, Erraondoko azken txistularia. Marzelinok Napparoa euskalduna etxean ezagutu zuen».

Marcelino ingresó en el seminario de Pamplona en 1939. Para esa fecha ya habían desaparecido las clases de euskara que hasta antes del 36 impartían los profesores Blas Fagoaga, Esteban Irañeta y Migel Intxaurren, pero el de Carcastillo pudo profundizar en sus incipientes conocimientos de euskara con la gramática de Intxaurren. Siendo aún seminarista, trabajó con otros compañeros para la creación de un suplemento en euskara para la revista de la diócesis que se habría llamado *Igandea*, lo que nunca se llegó a conseguir. Sí lograron estos seminaristas la creación de la revista *Aralar*, que, aunque redactada íntegramente en castellano, ofrecía una visión algo más integradora de Navarra que la oficial. A partir de 1945 comenzó a escribir sus primeros poemas en euskara, y trabajó para la creación de una aula de euskara dentro del mismo seminario. Esta aula se pudo recuperar finalmente siendo su profesor el experimentado Blas Fagoaga, pero siendo la mayor parte de los alumnos seminaristas de la zona euskaldun de Navarra, a Garde se le negó la asistencia a estas clases.

Según Latxaga,

«bere euskalzaletasunagatik gaizki ikusia da Obispadoan»,

por lo que una vez que hubo sido ordenado sacerdote en 1950 fue enviado a los pueblos más apartados de Navarra. Primeramente recorrió el Pirineo: dos años en Castillonuevo, otros dos en Uztarroze, y desde 1954 en Garde. Durante su estancia en el valle de Roncal realizó una gran labor en pro del euskara local. En Uztarroze recogió de boca de los últimos vasco-parlantes del valle el amor hacia el euskara roncalés, comenzó a recopilar diversos materiales lexicográficos, y organizó un grupo para el aprendizaje del euskara. Además de impulsar en navidades el canto en la iglesia del villancico local *Gauzen aingurietan*, Marcelino Garde publicó el 13 de junio de 1954 en la página «Zaldiko maldiko» que los de Muthiko-Alaiak redactaban para el diario carlista *El Pensamiento Navarro* su primera poesía escrita enteramente en dialecto roncalés, «Errokariko txoriñoa», dedicada a los niños roncaleses, *errokariar euskaldun txikier biyotzez*:

*Urratzien tartean
abia izaturik,
txoria duk kantetan
bedatsa sarturik.*

*Zer egun epel duk, txoriñotxo,
zeuri dundupean!
magal xabalik –goixa da goxo–
txori ñabarra xoañ xitan.*

*Gore bedatsia lasterka doa
eta urrustoian, bai, zer onki!
Ai, txoriñoa
Negu gorrian, nora yoa yi?*

*–Eltan denian Einzlari Xuria,
bertze lurretra xoaitan txoria.*

*Ronkari lerroietan
argia ullunik...
bigotzak, elurretan...
Keben, zer otz betik!*

*Gore uskara –txori goxoa–
abi bellorik erden ezik
otzez daldaldar erraiten doa:
–Erkin beino len, nai dur ilik!*

*Erronkari guziaren txoriak
ekunen tei bero ta argia
urrinko bazterretan.*

*Baia uskara –ene gaxoa–
kain otzagatik, iltra bayoa
Deusez'aren eskietan.*

*–Ez il kain fite, sart-adi kan,
etxeño baduk bigotz batean.*

Este mismo poema lo publicó nuevamente al menos en dos ocasiones, el mismo 1954 en la revista literaria *Euzko Gogoia* y en 1960 en el folleto *Re-cuerdo de Erronkari* editado por Auñamendi. Siguiendo el consejo de José Agerre, Marcelino Garde siguió escribiendo en *El Pensamiento Navarro* sobre temas del euskara roncalés: poesías en euskara como «Anaitasuna», poesías en castellano como «El último roncalés», «Roncal resucitado», «Roncalesa celestial», «Onki xin gore apez moitia», o noticias diversas como la que dio del fallecimiento de uno de los últimos euskaldunes del valle, el pastor Matías Labari. Posteriormente publicaría sus poemas en el suplemento en euskara de la revista *Príncipe de Viana* y en la revista *Agur* de Bilbao: «Agur Xuberoa», «Eperraren irudia» o su particular evocación de los siete pueblos del valle, *Erronkariko zazpi hirier, bihotz guziareki*, «Erronkari zazpirak bat» de 1966:

*Zazpi hiri
–Mendi, saldo, lerdoi–
Erronkari
Zrei anaxi
Mintzoz, begitartez*

*Uskal hazi
Alkar betik!
Xinkoak egin ziona
Zeren autsi?*

*Aurridiak xoan
-Eskietarik artruk-
Karriketan
Zeurietan
Zazpi urzo hegalez
Saldo batean
Txek bortian
Ardia barriatruk
Otsoak xan
Eder, andi
Kainbat egin bear
Erronkari?*

*Yi, goart adi
Zazpi anaxe zreila
Kortik asi
Zomat argi!
Zazpiak alkar artio
Ez indarrrik*

* * *

Tras unos años en Garde, en los que siguió desarrollando su particular cruzada a favor del uskara, Marcelino Garde es enviado al otro extremo de Navarra, concretamente al pueblo de Genevilla, lugar al que por lo general los párrocos eran enviados desde la diócesis de Calahorra, siendo uno de los primeros párrocos navarros que llegaban a la localidad. Allí ayudó a sus feligreses a crear una cooperativa agraria. Después de la de Genevilla, la última parroquia que le fue encomendada fue la de Rípodas, en Urraul Bajo. A pesar de no seguir en el valle pirenaico, Garde no abandonó su preocupación por el uskara, y así ayudó a José Estornés Lasa en la preparación de la gramática roncalesa *Erronkariko uskara* que publicó Auñamendi en 1968, realizando para el izabarra grabaciones magnetofónicas a la uztarroztarra Balbina Ederra en los años 1967 y 1968. Ya para entonces, y queriendo premiar el trabajo realizado en favor del uskara roncalés, Marcelino Garde había sido hecho miembro correspondiente de la Academia en 1964.

Por otra parte, Marcelino Garde también estuvo implicado en la creación de la asociación de los Amigos del País en Pamplona, sucursal cultural jeltzale en plena dictadura que inició su andadura en 1960 de la mano de Carlos Clavería. En 1963 esta asociación invitó a la maestra zuberotarra Madeleine Jau-

regiberri a que diera una conferencia en el Hotel de los tres reyes de Pamplona. Marcelino Garde le dio la bienvenida con estos versos en roncalés:

«Jauregiberri andrearen eskietan, Uruñarat xitian, bere herri moitiaz ele-
rraiteko:

*Uskaldunok uskaraz elerran behar dugu
Zomaiten ezpainetan, apeza, non sortu?
Neurk ere bere amaz eztu bear alketu
Ene hiri moitia zutut, Kargaztulu
Erriberan sorturik, korrengatik naparra
Beino zainetan daukat odol züberotarra
Kanko artzainek moite Bardearen belarra
Ta kuek bihotzen sartu iparreko beharra.*

*Jinkoaren graziaz, haurra nintzekian
Aitzinekoen deia nik entzun barnian
Ikaszak gore uskara hedazak unguiruan
Berareki mugarik ezta gore artian
Bortiaraino helturuk anitx aldiz lañoa
Buria zutik Orhy da gidari zintzoa
Konen bazterren txerka bide zaharra doa
Lanxarra xoan eta kor dugu Zuberora.*

*Kantik ekustan dena bai den ekusgarri
Oihanean Larraiñe urzo zuri zuri
Saintiaren budarra Madalena üduri
Xuberotik norbaitek –semia xin adi–
Izagun eta bertan nik moite dut herria
Artzain laborari eta bai bertsularia
Batek erraitan deit Berterretxen hiltia
Eztiki sartu zaigu Xubero moitia.*

A lo que Jauregiberri contestó con un sorprendido:

«Ontsa erran düzü, Erribrakumia, euskerareki ez dela mugarik bortian!».

Entre los trabajos llevados a cabo por la sociedad de Amigos del País se encuentra la creación de la primera ikastola navarra de la posguerra en 1965, tras el primer intento fallido de José Antonio Muguerza en 1963. Las diferencias surgidas posteriormente entre los Amigos del País y el gestor del centro Jorge Cortés Izal por muy diferentes cuestiones supusieron la escisión de la misma en abril de 1970, creándose las actuales San Fermín y Paz de Ziguanda. Marcelino Garde tampoco permaneció ajeno a esta polémica cuestión, y desde su posición de sacerdote no pudo aceptar la orientación laica que iba adquiriendo rápidamente la sociedad, y dentro de ella la enseñanza. En torno a estas cuestiones publicó una colaboración en la revista *Zeruko Argia* en la que ofrecía su particular interpretación de lo sucedido, y que explica en cier-

to modo la trayectoria posterior del de Carcastillo. En febrero de 1972, y aprovechando que tras las elecciones de marzo de 1971 Miguel Javier Urmeneta había debido abandonar la Diputación, la Sección para el Fomento del Euskara quedaba adscrita a Educación. Los representantes de la Sección vieron en ello una clara maniobra para ahogar los proyectos de la misma, entre los que se encontraba en lugar preeminente el de las ikastolas, razón por la que dimitieron en bloque. En un primer momento no se aceptó la dimisión de Pedro Díez de Ultzurrun, pero no faltando motivos para volver a presentarla, ésta se produjo para febrero de 1973. Con la dimisión de Perico se planteaba el problema de quién sería la persona que lo sustituiría en la dirección del suplemento en euskara de la revista *Príncipe de Viana* que se venía publicando desde febrero de 1966. El director dimisionario propuso los nombres de Sastrustegi e Irigarai, pero la Diputación, haciendo caso omiso de la propuesta, nombró a Marcelino Garde.

Al margen de cualquier otro tipo de consideraciones, Garde no desarrolló una mala labor en la dirección de la revista, habida cuenta de los difíciles tiempos en los que le tocó bregar. Lo cierto es que otro director, y sin negar una posible mayor calidad del suplemento, seguramente habría supuesto una vida sensiblemente más corta para la publicación. Garde fue el director del suplemento desde 1973 hasta su definitiva desaparición en 1985. En este periodo se sucedieron dos intervalos en los que la revista no se publicó, de junio de 1978 a marzo de 1980, y de esta fecha a julio de 1981. Una de las consecuencias directas de la incorporación de Garde a la dirección de la revista fue la aparición esporádica de referencias a la Ribera navarra, anteriormente inexistentes en sus páginas. La portada del número correspondiente a marzo de 1974 venía ilustrada con una fotografía de Carcastillo bajo la que se podía leer:

«Euskara eta txistua: Naparroako Erriberan, Bardenetako ertzean, Kargáztulu errian, Olibako monastegi zar zarra dugu. Atari nagusi gaiñean, Euskalerriko txistulari zarrena. Txistua ikasten, txistua jotzen, txistua zabaltzen dugula, gure barrenean gure izkuntzak dauka oñarriak zuzperten eta indartzen ditugu. Txistua joaz, euskarak irabazten du».

Al respecto del nombre euskérico de su pueblo, Marcelino no tenía dudas, como recogía en el número de agosto de 1976:

«Nondik atera ote dute Zarrakaztelu itsusi hori? Erronkariko uskaldun artzai zaarrek beti Kargáztulu erraten zuten, orrela, obeki dagokio erromatarrek entzun eta idatzi zutenari».

La mismísima portada del significativo número 100 de la revista correspondiente al mes de abril de 1974 traía una gran imagen del puente del Ebro de Tudela con la leyenda:

«Muskariako zubi luze eder ori, ain maitagarria Erriberako seme geranontzat»,

tras la que venía a afirmar el pasado euskaldun de la Ribera:

«Garai batean, or, euskeraz egiten zan. Naparroa len orobat euskalduna genuen. Azkeneko gizaldi auetan aldatu dituzte bazterrak. Ortzen dago toponimia. Lurraren millaka izenak euskaldunak dira. Naiz orko gizasemeak gure izkuntza ez mintzatu, landa ta soro oietan euskal toponimiak iraun du. Euskara eskatzen badute, berea dan gauza bat eskuratu naian dabiltz. Euskara Naparroako izkuntza da».

Paralelamente a lo sucedido con el suplemento de Príncipe de Viana, Marcelino Garde también llegó a ser el responsable de la página «Nafar izkuntzan orria» que a partir de febrero de 1966 comenzó a publicar el *Diario de Navarra*. Durante diez años los responsables de esta página fueron Pedro Díez de Ultzurrun, José María Satrustegi y Aingeru Irigarai, pero la beligerante postura que en contra del euskara se recogía un día sí y otro también en la sección de opinión del periódico hizo que los tres presentaran su dimisión en 1976, no sin haber recibido antes una rotunda respuesta negativa por parte del director José Javier Uranga para publicar una carta con su opinión a modo de réplica. Fue entonces cuando se le encomendó a Marcelino Garde la responsabilidad de esta página, labor que desempeñó hasta su fallecimiento. Posteriormente le sucedieron Jesús Gaztañaga, Manu Oñatibia y Latxaga.

La labor pública desarrollada por Marcelino Garde en esta página delata claramente los derroteros tomados en sus últimos años en los que se acercó al entorno de Euskerazaintza. En el órgano de este grupo publicó su último poema, «Urantzien tartean», aparecido poco antes de fallecer en Rípodas el 6 de mayo de 1990, y al poco tiempo de su muerte, el 22 de noviembre del mismo año, la misma Euskerazaintza le hizo un homenaje en su pueblo natal Carcastillo. La misa en recuerdo de Garde fue concelebrada por los escritores y miembros de la citada asociación Lino Akesolo, Anastasio Arrinda, Jesús Gaztañaga, Larrarte (1), Bixente Latiegi, Olazar y Paulin Solozabal, tras lo que se colocó una placa conmemorativa en la fachada de su casa natal, placa que casualmente desapareció en 1991.

Marcelino Garde Villafranca definió lo que para él era el euskara en su poesía «Akullu suspergarri»:

*Euskarak ezik
iñungo izkuntzak ez du guretako
ez indarrik
ez eta eztirik ere.*

Valgan las palabras de hoy para preservar su legado, el recio amor de un ribero por nuestra lengua, la que por encima de cualquier otra consideración, es la LINGUA NAVARRORUM.

(1) La información que se da sobre Larrarte (Jose María) es errónea en parte. La que se da sobre su participación en la celebración y posterior homenaje a Marcelino Garde es cierta; pero no la que se da sobre su pertenencia a Euskerazaintza.